

Zupiñán: extraño y poco común didelfo, con características fisiológicas similares al zorro antediluviano, pero con un ceceo muy pronunciado, que la mayoría de las veces, y a no ser que seas un especialista en *zupiñanes*, resulta muy complicado de entender, y por el que puedes confundir una perorata amistosa con terribles insultos de violentas implicaciones, y, por error u omisión, salir espantado corriendo u ofrecerle una chocolatina.

Se le suele encontrar habitualmente en su mullido nido, que habitualmente construye en lo alto de árboles de hoja caduca, o entre los rizos cardados de señoras octogenarias. Es una criatura vanidosa a quien le gusta peinarse a media mañana, justo después del mediodía, y antes de medianoche. Apasionado estudioso de la sintaxis latina, en una ocasión mordió ferozmente a una logopeda que le acusó de ser disléxico, a pesar de ser completamente cierto.

Se tiene constancia de un *zupiñán* que devoró a un congresista llamado Juan Manuel Juspín, y se hizo pasar por él durante tres años, alcanzando en ese tiempo un considerable éxito profesional y una vida familiar muy satisfactoria. Fue desenmascarado por un peluquero que, durante su corte de pelo habitual, descubrió que no era el congresista en cuestión, ya que no encontró, al palpar, los singulares diecisiete lunares que lucía vanidosamente en la entrepierna el interfecto.



Yorkisey y Yuka: hermosa ave, mitad marina, mitad café con leche, que anida en reuniones de clubs de lectura y en las salas de espera de dentistas de ascendencia polaca.

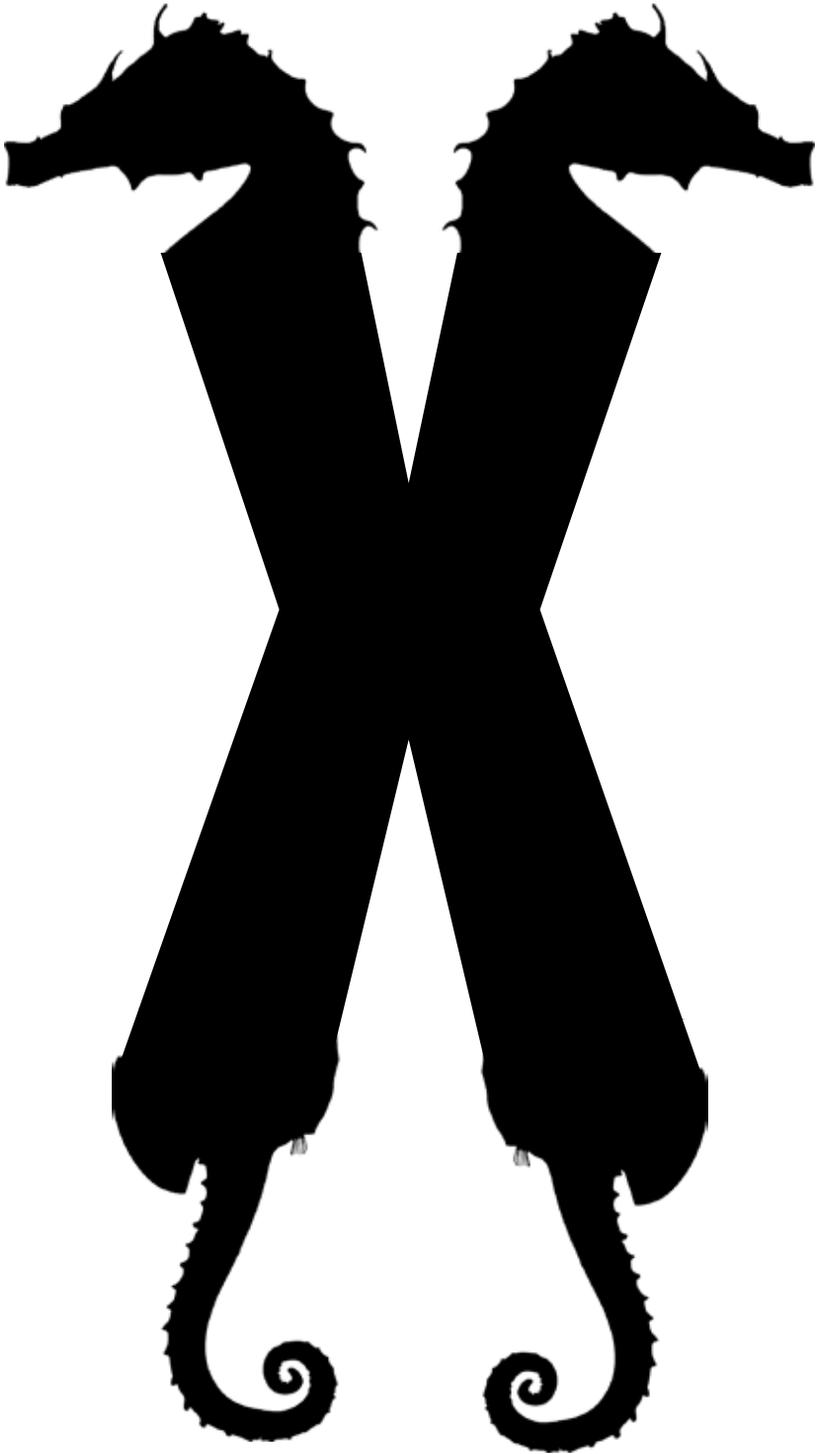
De inestable envergadura –pues varía dependiendo de quién gobierne–, sabe cantar canciones tristes con las que todo el mundo ríe a amplias carcajadas. Sus alas son inútiles y no le permiten más que rascarse los ojos al despertar.

Shopenhauer admitió en alguna ocasión que se había enamorado de un *Yorkisey y Yuka* por la manera que tenía el pájaro de susurrar yuxtaposiciones. Tienen, por nacimiento o por torpeza, el lóbulo temporal disfuncional, por lo que si un *Yorkisey y Yuka* le pregunta la hora, debe salir corriendo como alma que lleva el diablo, o decirle que son y media pasadas, pues de lo contrario deberá dedicar en exclusiva los domingos de verano a pasear con el *Yorkisey y Yuka*, por la orilla del mar, mientras rememora incessantemente su desdichada y tediosa infancia.



Xilofonillo de Cal: singular animal que desarrolla la mayor parte de su vida en las bebidas isotónicas que la gente olvida en los pasos de cebra. Es pequeño, pero puede crecer hasta dimensiones descomunales, tales como un meñique. Se tienen noticias de un ejemplar que llegó a medir tres centímetros, pero al que nadie calibró en realidad, por miedo a sus insinuaciones.

A este formidable alfeñique le gusta comer patatas fritas con salsa de pimienta, mientras lee *La metamorfosis* de Kafka. De voz gruesa y áspera, es invitado a participar en coros de todo el mundo, honor que celebra ruidosamente y negándose en rotundo a intervenir. Cuenta la leyenda que Heidegger se batió en duelo, un amanecer, con un *Xilofonillo de Cal*, por el amor de una dama, lance que le dejó al filósofo, de por vida, un perentorio orzuelo. Su carne es famosa por saber a ciruelas pasas y maridar a la perfección con un Borgoña pocho del 64.



Woolfindorf: mamífero aullador que, para camuflarse, adopta la simbólica forma de una uve doble, y que, por azares del destino, tiene cuatro patas delanteras izquierdas. Su hábitat es muy especial, ubicándose en la franja septentrional del rincón más oriental de todo Occidente.

Los *Woolfindorf* se reúnen en pequeñas manadas de cien o doscientos ejemplares. Les gusta bailar la conga, y es habitual verlos, al atardecer, practicando esa elegante danza. Durante su periodo de apareamiento tiene lugar un fenómeno único en la Naturaleza. Los machos emiten pestilentes ventosidades para conquistar el amor de su dama. Según Bernard Ocluse, matemático, poeta y ajedrecista que jamás en su vida lo ha observado, el apareamiento de los *Woolfindorf* es hermoso, sonoro y atufante. Su aullido se asemeja al hilo musical de los supermercados, siendo reconocible en las selvas, por lo que resultan perseguidos en ocasiones por hordas de ciudadanos con carritos de compra.



Victorini aullador: también conocido como el de las «dos o más pinzas», es una peculiar simbiosis de cefalópodo y canguro victorioso. El *Victorini aullador* posee dos poderosas pinzas con las que tiende con habilidad la ropa, en el caso de los machos, y cientocinco o cientoseis, en el de las hembras, que utilizan hábilmente para pellizcar traseros.

Otra de sus características más representativas son los aulliditos –de donde proviene su nombre zoológico– que emite a la hora de desayunar cereales con leche. Aficionado fanáticamente al cine de arte y ensayo noruego y a la literatura de posguerra peruana, no duda en calificar de farsante intelectual a cualquiera que haya visto *Star Wars* o a aquel que no haya leído, boca abajo, *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse

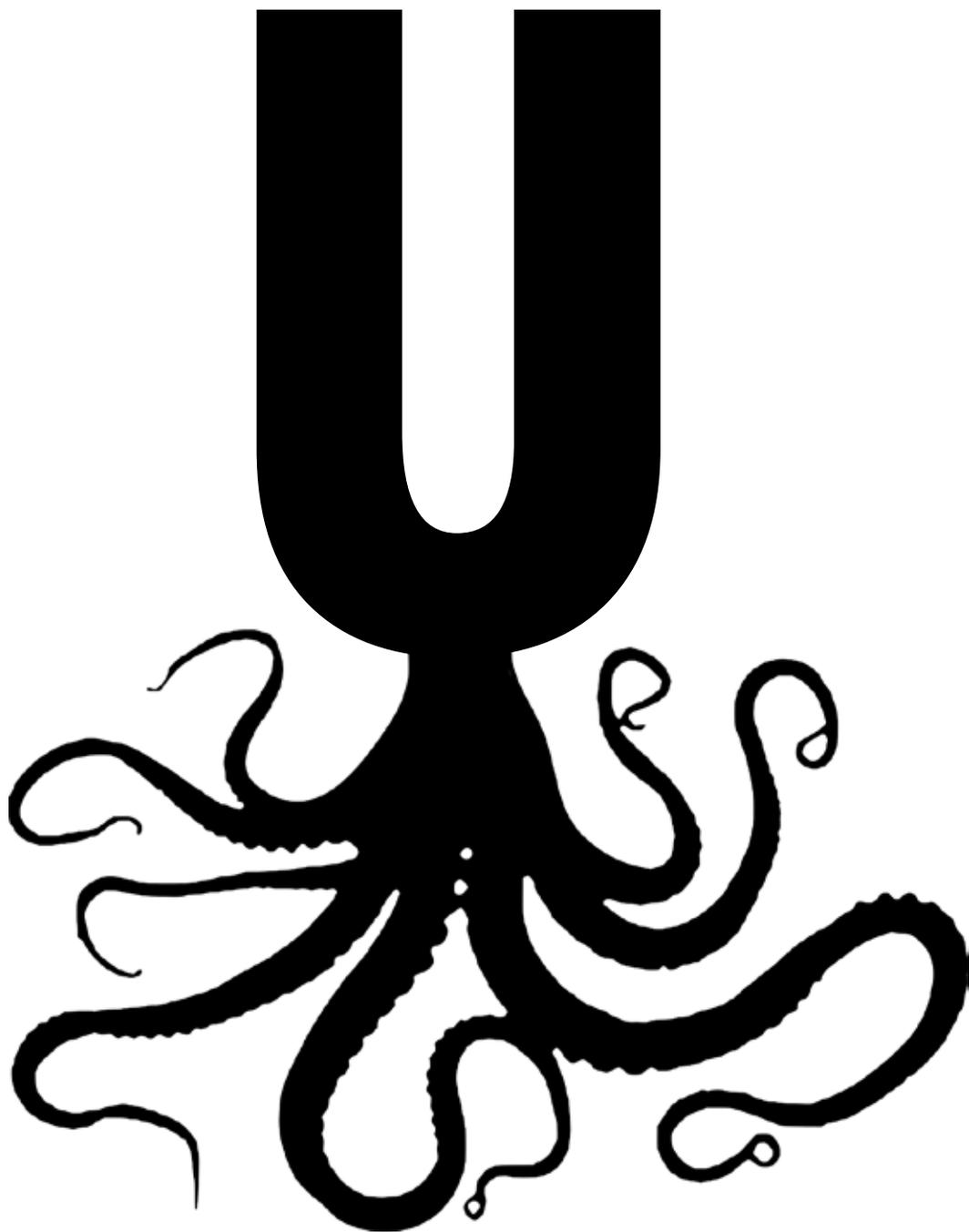
Animal de pocos amigos y de tendencias solitarias, se le puede encontrar, acompañado de un oboe, paseando por parques urbanos a la hora del crepúsculo. De hábitos melancólicos y tendencias suicidas, acostumbran a despedirse de la vida con una sonora y chirriante carcajada que alegra ardientemente el corazón de quien tiene la suerte de escucharla.



Urandomin pulpus: magnífico cefalópodo que ama con denodada pasión la poesía francesa, a pesar del completo desconocimiento de esa lengua, y, por lo tanto, de su imposibilidad de leerla y entenderla convenientemente.

De colores cambiantes que oscilan del negro azulado al azul negruzco, posee una consistencia extremadamente blanda y bulbosa, pero gracias, sobre todo, a estas características y a su inmenso cabezón en forma de U, ha conquistado pasionalmente a numerosos individuos de diversas especies marinas, terrestres y humanas, incluido el laúd.

Vive en costas de poca profundidad o en ciudades muy populosas del este asiático; en ambos medios suele ser gestor empresarial o presidente de comunidades de vecinos. Cuando dos ejemplares se encuentran, ya sea en una cita formal o por pura casualidad, se quitan el sombrero y entablan una conversación dedicada exclusivamente a las artes de la siembra, cuidado y recolección del boniato ibérico.



Tartasso: original y hermoso espécimen con complicadas variaciones que le hacen difícilmente clasificable. Eructa, mingita y defeca mariposas de deslumbrantes coloridos y fugaz belleza. Sus funciones corporales suelen reunir a un nutrido número de curiosos que, expectantes, prorrumpen en ruidosas ovaciones, al tiempo que se tapan la nariz cada vez que del cuerpo del *Tartasso* se proyectan los lepidópteros.

Otra de las excepcionalidades de este ser es su efímera existencia. Vive en torno a los quinientos años, pero desde los diez acostumbrarse a quejarse de los achaques de la edad. Algunos especialistas aseguran que esta disposición al lamento y a la angustia existencial proviene de un ancestro del *Tartasso* actual, que leyó *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa.

De hábitos itinerantes, se puede descubrir presencia de estas singulares criaturas en la mitad norte de Manhattan, en particular en hamburgueserías baratas, y perdiendo autobuses nocturnos en Lisboa.

Hay que ser expertos observadores, pues, a pesar de su forma de T y del revoloteo mariposil, son espléndidos en el arte del camuflaje, y alguien que usted cree que es un provecito anciano o un ejecutivo de cuentas, puede ser un hermoso ejemplar de esta especie. Para desmascararlo, tire fuerte de la nariz del individuo del que se ha disfrazado. Si se equivoca, y realmente es un ejecutivo de cuentas, corra como alma que lleva el diablo.



Samuleón: peligroso carnívoro que podría ser clasificado entre león, la letra S, y un obeso flamenco. El *Samuleón* es muy aficionado a que le peinen su melena teñida (normalmente de rubio platino). Se reúnen habitualmente en numerosas jaurías los primeros de mes, para cobrar la prestación, y se les puede ver cerca de edificios gubernamentales en pequeñas manifestaciones, en las que solicitan, con denodado ahínco, ayudas para sus negocios y aventuras empresariales.

El *Samuleón* es muy apreciado por los biólogos, pues su carne sabe a pollo frito sin necesidad de freírla, y, además, es un animal del que se conoce en detalle su vida íntima, pues es muy dicharachero, y sus terapeutas no guardan jamás el secreto profesional. Cazado brutalmente para utilizar su cuerpo en luminosos de restaurantes chinos, en la actualidad se encuentra en peligro de extinción, ya que quedan en el mundo solo unos doscientos millones de ejemplares.



Ruskaldin de pelaje corto y más bien moreno: a este singular animal se le podría definir como individuo abrevador, similar al camello por tener joroba, pero con muy mal talante. Al nacer son pequeñas, dulces y preciosas criaturas llenas de preguntas filosóficas y eructos mañaneros.

Se cuenta que, en su infancia, a Friedrich Nietzsche le regalaron un pequeño *Ruskaldin de pelaje corto y más bien moreno*. Durante un paseo por la campiña alemana, el animal empezó a preguntarle insistentemente por el sentido de la vida, la soledad y la muerte. La cosmovisión del filósofo, su característico bigote, y el concepto del eterno retorno se lo debemos a aquel *Ruskaldin de pelaje corto y más bien moreno*.

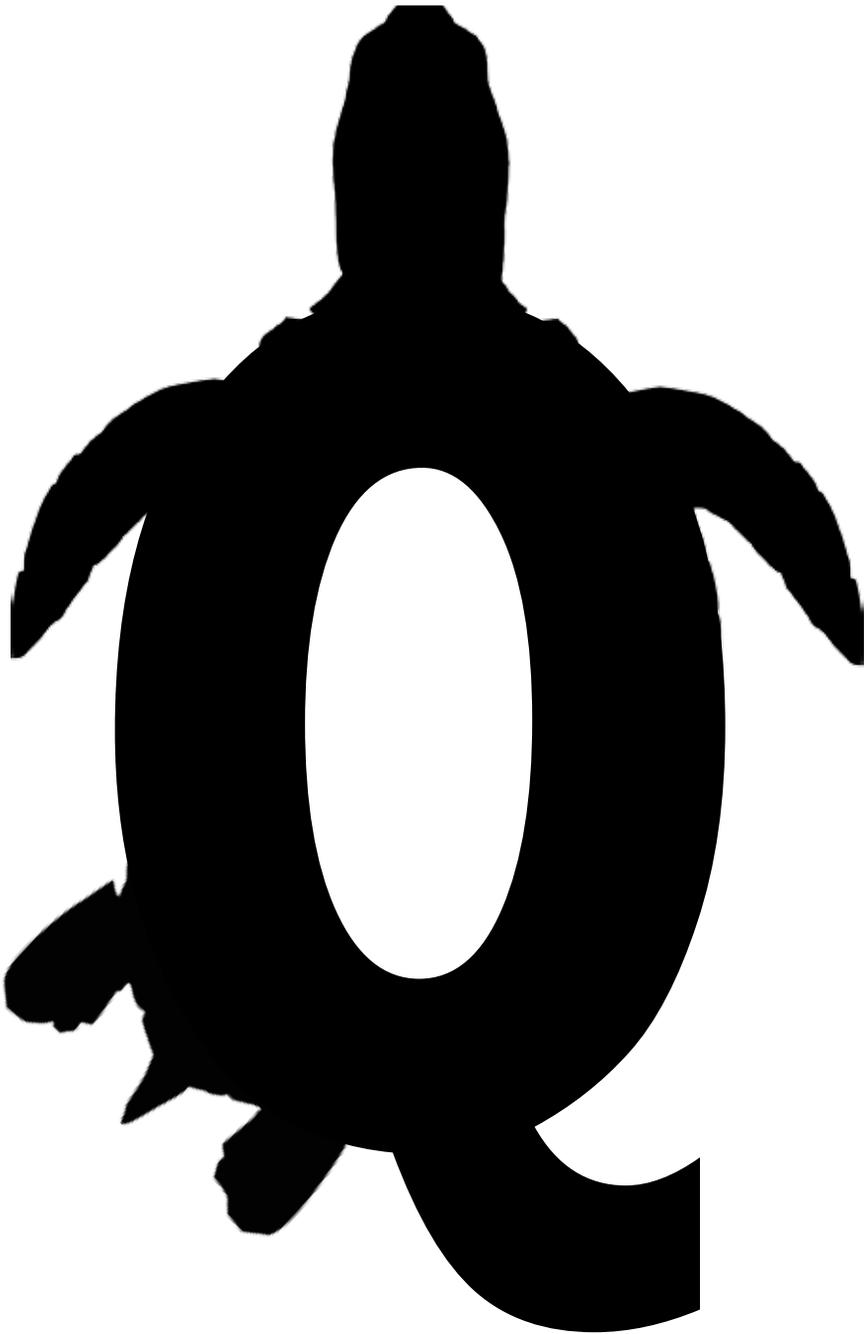
Formidable jugador de póker, no debes competir jamás con él, pues te desplumará, y a continuación se reirá con crueldad de tu derrota. Su lengua a veces es azul, y en otras ocasiones también es azul. Has de temer su estornudo, pues es devastador, muy sonoro y húmedo, y ponte a resguardo cuando le veas ponerse gafas de sol, pues sufren una metamorfosis y se convierten en un estropeado y viejo utensilio de cocina similar a una batidora.



Quetortu: animal acuático con cola en forma de pipa, al que le gusta vivir en desiertos y dibujar en la arena objetos absurdos y surrealistas, pues la gran mayoría de los ejemplares sueñan con ser humoristas gráficos. Todas sus costumbres, desde el apareamiento a la deglución de sus enemigos humanos, las ejecuta muy lentamente, tanto que durante una operación de rodilla a un *quetortu*, encontraron en su estómago los *Diálogos* originales de Platón junto a un anciano griego que habló, al salir de su encierro digestivo, sobre un mito extraño, pero bastante coherente, de una caverna.

Se sabe que con su cabeza, de eminente dureza, se dedica a abrir, en sus periodos vacacionales, nueces en los bosques islandeses, para la compañía d *Nueces & Nueces peladas*. Son alérgicos a estos frutos secos, por lo que los pelan pero no los comen. Sin embargo, son grandes amantes de la cerveza negra, que consumen en cantidades ingentes hasta emborracharse y entonar canciones obscenas.

A este animal formidable y único, el *Quetortu*, le gusta jugar al parchís en las tardes lluviosas, de preferencia con mujeres tímidas y pelirrojas. Suele hacer trampas y, si le pillan, se hace pasar por Alfred Jarry, el autor de *Ubú rey*, y con tono empalagoso habla de patafísica. Si mientras tomas un *Long Island ice tea* encuentras uno en tu bebida, de un trago, y antes de que él se dé cuenta, échá-telo al gaznate.

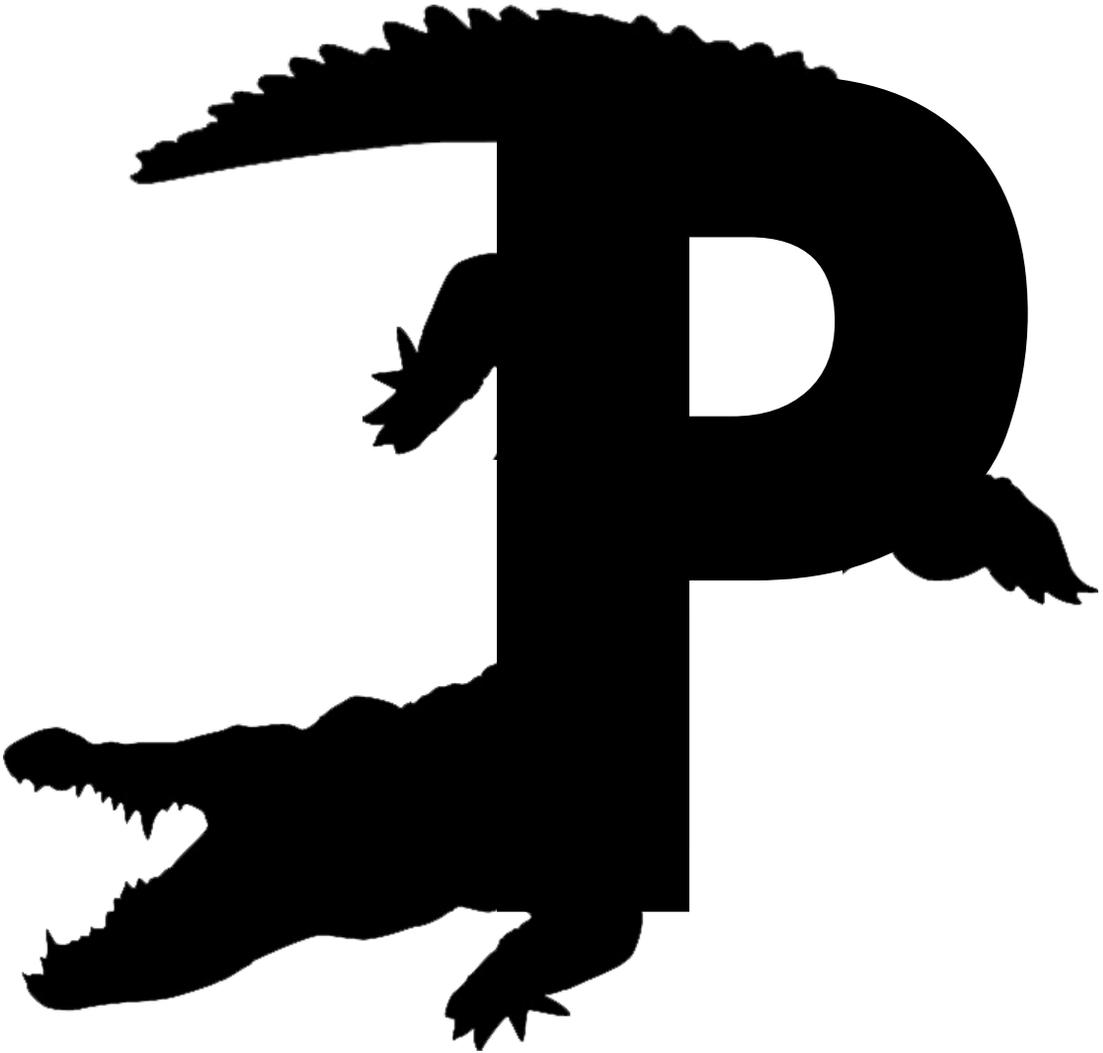


Padritodrilo: anfibio correoso y áspero, de grandes fauces y pestilente aliento, y, además, bizco, lo que no le ha impedido –o quizás precisamente debido a ello– ser un legendario conquistador. Magistral bailarín de tango, ama dibujar árboles a las orillas de lagos, ciénagas o ríos de poco caudal. y posteriormente tratar vanamente de subirse. Tras ese inútil intento, rompe con furia las ilustraciones arbóreas, y trepa, enfadado, al primer árbol no pintado que encuentra.

Su nombre proviene de la cantidad de crías que procrea a lo largo de su dilatada existencia. Se conocen ejemplares que superan el millar de hijos.

Odia, como es comprensible, los pañales y los biberones, y, en particular, el Día del Padre.

Para terminar este acercamiento a la extraña figura del *Padritodrilo*, comentaremos *una jugosa anécdota*. Darwin tuvo que regalar a un ejemplar de *padritodrilo* una primera edición de la *Enciclopedia Británica* para ocultar ¡quién sabe! algún apasionado episodio acaecido entre el padritodrilo y el naturalista.



Orre: criatura huidiza y vanidosa de características óseas similares al perro común. Su aparato locomotor posee una peculiaridad: tiene seis patas, que suelen ser contrarias ideológicamente, por lo que caminan en direcciones opuestas, cambiando de vez en cuando de bando, lo que hace difícil para el pobre *Orre* la movilidad. De pelaje anaranjado en su juventud, es, en ocasiones, confundido con una mandarina; pelambreira que se torna más intensa en su edad madura, lo que provoca que pueda ser tomado por una naranja. Parece ser que algunos ejemplares de *Orre*, según comentan sus psiquiatras, tienen sueños recurrentes con exprimidoras que les persiguen.

Su apareamiento, que se realiza en torno al mediodía del 15 de marzo, suele ir acompañado de declamaciones líricas medievales. El macho, cual trovador, recita poemas en algunos casos místicos, para merecer el amor de su dama. Si el pretendiente no es de su agrado, la hembra le tira fruta podrida y lo ahuyenta, llamándole galleta de chocolate.

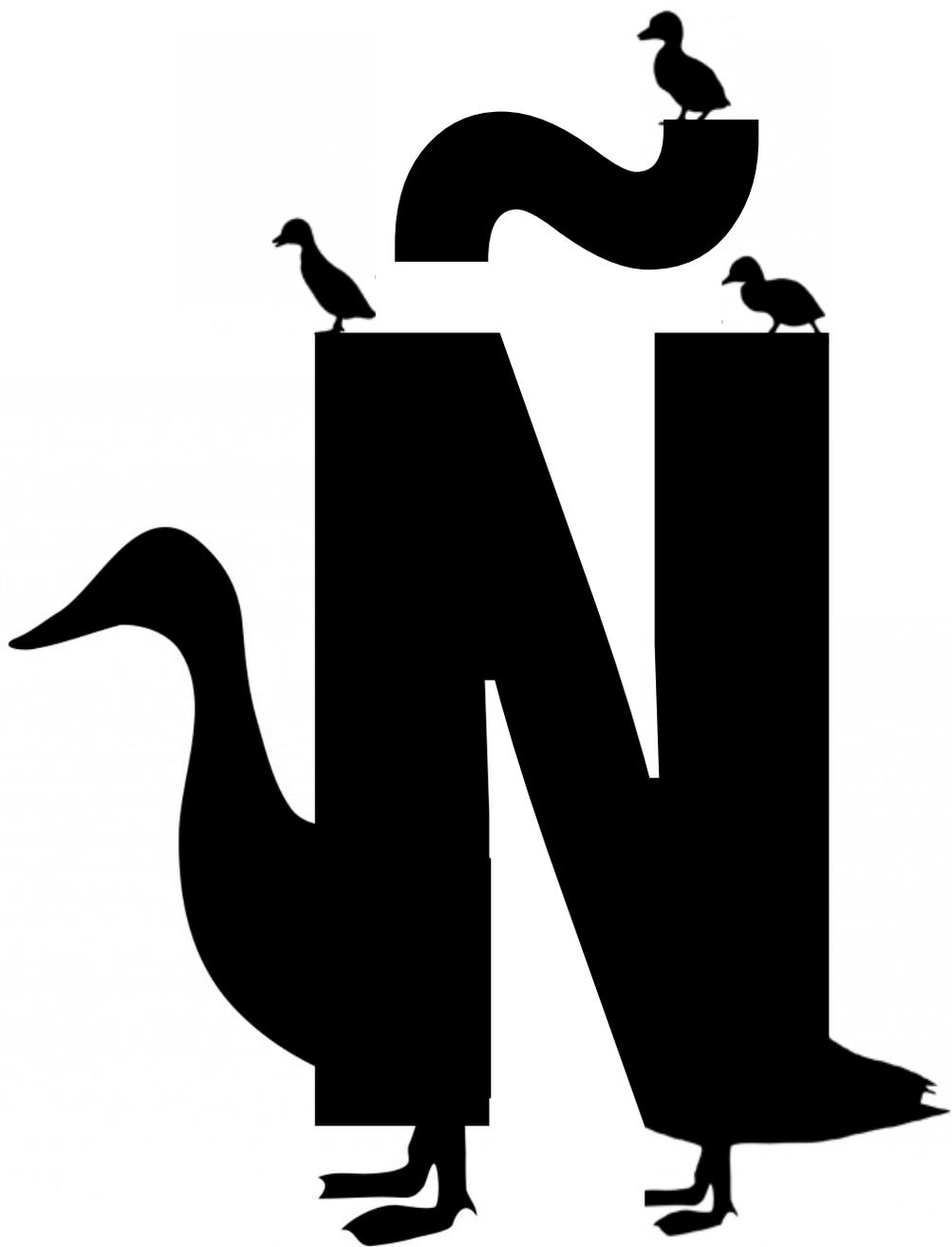
Al margen de estas excentricidades, el *Orre* es un animal simpático, pacífico y algo vanidoso, aunque de intensa profundidad existencial y asombrosa memoria, ya que todos los ejemplares pueden recitar *Temor y temblor*, de Soren Kierkegaard, de cabo a rabo, sin equivocarse ni en una sola coma, pero sin entender absolutamente nada.



Ñuti-ñuti: peligrosísimo depredador, primo lejano de la familia de los patos, con facilidad para interrumpir con un gesto desdenoso las conversaciones de ascensor con su agrio rostro de Ñ. Es un animal extraordinariamente hábil con los números, que acostumbra entablar grandes amistades con los superiores al millar. Esta salvaje criatura gana todos los concursos de cálculo mental a los que se presenta, y en la compra discute con las cajeras por las vueltas, tratando de sacar ventaja, gracias a su labia y su facilidad de cómputo. Es frecuente encontrarlo en los parques del extrarradio de las ciudades populosas del norte de Europa, robando crucigramas a los ancianos, y posteriormente concentrado, a la sombra de una encina, con la sopa de letras.

Suele tener tres crías, como se puede apreciar en la ilustración de la derecha, que jamás crecen y que le persiguen todo el día al grito de *tengo sed, cuándo llegamos y tengo que ir al baño*. Algún atrevido naturalista ha llegado a afirmar que esa situación impedida con sus vástagos le ha convertido en una criatura extremadamente paciente.

El *Ñuti-ñuti* es de color ambarino con brotes de col, cuando el sol de la alborada le acaricia, y blanco inmaculado, con tintes de nivea metafísica, el resto del día. Si paseando con tu novia un atardecer cualquiera por una playa te encuentras con un *Ñuti-ñuti* es importante que sepas jugar al ajedrez, pues es tu única oportunidad de salir vivo y, sobre todo, de conservar a tu pareja.



Nelfinito: depredador omnívoro que gusta de atacar traicioneramente a las lechugas cuando duermen. Su cuerpo, zigzagueante como una hermosa N, está cubierto de tatuajes carcelarios y crípticos mensajes pandilleros. En contraposición a esa imagen de malvado, hemos de decir que devora a todas las madres gestantes que encuentra. Le gusta vivir en desiertos y jugar al *blackjack*; mas, pese a ello, no es posible encontrar ejemplares en Las Vegas.

Tiene una irreconciliable enemistad con el Miburón por algún motivo que los dos han olvidado, y que nosotros sabemos pero no pensamos revelar. Este original espécimen no deja de hablar ni debajo del agua. Es proverbial su verborrea, e incluso cuando duerme sigue hablando, sobre todo de geopolítica, relaciones internacionales, y de las diversas maneras de cocinar pollo asado.

Se sabe de un *Nelfinito* que llegó a ser un sanguinario general de una república bananera, y con crueldad hacía entonar a los ajusticiados, mientras se ejecutaba la sentencia, *Estas son las mañanitas que cantaba el rey David*.



Miburón: delicada y suave criatura que frecuenta *pubs* de Nueva Escocia, retando al *backgammon* a los parroquianos, y riendo ruidosa y llamativamente cuando gana. Emite continuamente onomatopeyas vinculadas con la letra M, como si estuviera engullendo incesantemente deliciosas viandas. Obsesivo creador lírico, algunas de sus composiciones han llegado a formar parte de himnos nacionales de países inexistentes. Gran aficionado a los pomeños, y en menor medida a todos los cítricos, se ha visto a ejemplares nórdicos defender con locuacidad sus beneficios por las calles de Estocolmo mientras ingerían pedazos sin pelar de estas frutas.

Tiene el *Miburón* una aleta dorsal similar a la que poseen los tiburones, pero que es utilizada por alumnos de colegios mayores como tablón de anuncios. Enemigo íntimo del Nelfinito, cuando estos dos animales se encuentran entablan una brutal pelea dialéctica, en la que se insultan sin piedad y repetidamente, llamándose, sin medida ni sentido, el uno al otro Hadyn y Beethoven.

Para concluir esta breve semblanza de esta criatura hermosa y delicada, de puntiagudos e hirientes colmillos, señalaremos que el *Miburón* es un gran dibujante, como demuestra la edición humorística de *El paraíso perdido*, de Milton, en la que, curiosamente, y por cierto, no es posible encontrar una sola ilustración.



Lo es truz: a esta escurridiza ave de tres nerviosas cabezas se le puede encontrar en la Polinesia, en algunas comarcas de Lugo y en el último piso de determinados edificios impares. Su obsesión por lo impar proviene de una triste condición de este animal. Las tres cabezas se llaman, de izquierda a derecha: Lo, Es, y Truz, y, por lo tanto, pero no siempre de este modo, de derecha a izquierda, Truz, Es, y Lo.

Lo, quiere a Truz, y Truz quiere a Es, pero Es quiere a Lo, por lo que, a pesar de estar enamorados, este ideal amoroso (como probablemente todos los amores) les resulta inalcanzable, pues cada una suspira por la que no suspira por ella.

De color avellana con pintas color cacahuete, es muy querida para anuncios de lavadoras por su voluptuoso plumaje. Los *Lo es truz* suelen ser animales muy longevos, a no ser que les dé por fumar, beber y darse a la mala vida, tendencias que se esconden en su genética. Se sabe de varios especímenes que dominan los bajos fondos parisinos con pezuña de hierro y con tos de octogenario por su adicción a los anacardos.



Kong-ito: pequeño simio de color indefinido que mide entre ocho y nueve metros de altura y que sabe poner, cuando nadie le ve, ojos de bivalvo. De caminar triste y ausente, puede ser confundido con poetas no publicados y que piensan que la tristeza, el bebercio y el desamparo son características, *sine qua non*, del buen versificador.

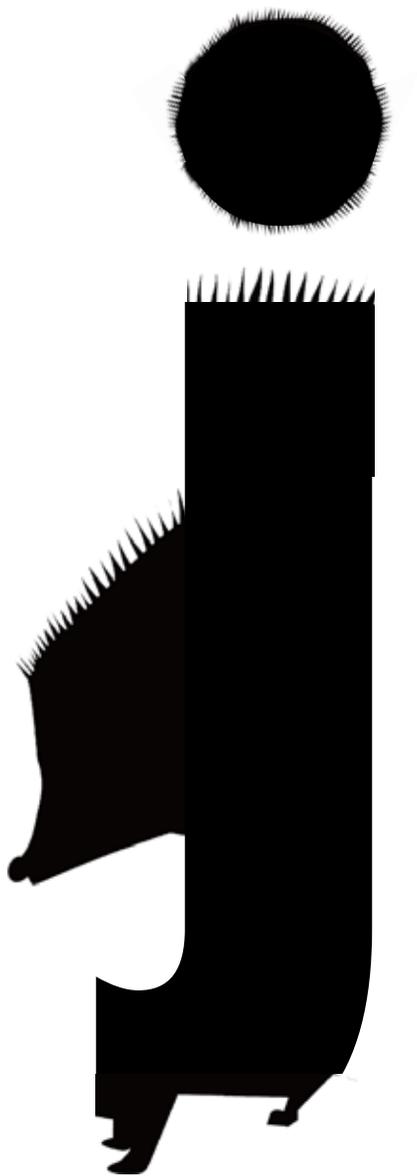
Uno de sus puntos débiles son los relatos de fantasmas decimonónicos. Se agarra a su mantita, y mientras le narran los truculentos sucesos en casas encantadas, el *Kong-ito* se evade, cierra los ojos, y rememora momentos felices de su vida durante su trabajo en las oficinas de Hacienda, mientras realiza las anuales declaraciones de la renta de inocentes veinteañeros.

Le gusta saltar de un árbol a otro, y después hasta un abogado de traje azul oscuro de línea diplomática. Es un habitual en el club de golf y en las fiestas universitarias, donde se comporta de la misma e indiferente manera, logrando en ambos ambientes una enorme aceptación. Ha enamorado por igual a muchas estudiantes y a demasiadas pelotas de golf. Se le conocen aficiones diversas de gran calado intelectual, como fabricar minúsculos aviones de papel, o robar tabletas de chocolate en el supermercado.



Jerizo: uno de los animagramas más peligrosos, protervos y molestos que hemos reunido en este tratado en el que se estudia la gramática del animal, o, mejor dicho, al animal y su gramática. La puntiaguda y afilada constitución del *jerizo*, conjugada con su torrido afán por remolonear en lugares mullidos como camas, sillones, cojines o sillas, hacen que un encuentro con él sea considerado de alto riesgo. Su apareamiento es de los más sofisticados, hermosos y profundamente románticos de toda la fauna mundial. Los *jerizos* se conocen, salen al cine y a tomar cervezas con los amigos; en un par de años se casan, prometiéndose amor eterno, y antes del primer anocheecer acuden a un abogado pidiendo la anulación inmediata de su matrimonio y el divorcio.

Formidable jugador de ping-pong, se dice que una vez casi juega un partido, pero no lo consiguió, ya que no sabía coger la pala. Le gusta dejarse las púas largas, pues piensa que le realzan los ojos. En épocas navideñas pueden encontrarse grupos saltarines de *jerizos* cantando horrisonos villancicos y otras canciones populares. Si por un casual llaman a su puerta, lo mejor que se le ocurre es hacerse pasar por un onagro silvestre, poner las manos, en los bolsillos, por si tratan de robarle, mientras entonan esos horribles y repetitivos himnos. Después, cuando acerquen el gorro, pandereta o instrumentos similar, con la que reclamar el aguinaldo, debe darles sin piedad, con la puerta, en sus pequeñas y preciosas narices



Irofa: minúsculo y frágil animagrama del llamado grupo de los cinco enanos. Les gusta corretear por prados, acequias y sucursales bancarias. Algunos ejemplares son confundidos con billetes de veinte euros y guardados con celeridad en el fondo de la cartera. Es elegante en sus movimientos y en los bailes rusos, que interpreta con parsimonia y paciencia delante de cualquiera que se muestre interesado en su ejecución.

Algunos científicos o naturalistas se aventuran a relacionar la *irofa* con **vombatidos?** bigotudos, pero sin mucho interés, olvidando esta curiosa teoría a la segunda cerveza. Son animales tímidos, pero cariñosos y pegajosos una vez entablan relación. Se cuenta que Magallanes tuvo que recorrer el mundo con una *irofa* enganchada a su pierna, y uno de los motivos reales de su circunvalación fue tratar de conseguir el desapego del cansino mamífero.

Otro de los hábitos más reconocibles, y más asiduamente practicados por la *irofa*, es el de perseguir a la gente por el metro con una mueca bobalicona, mientras se inmiscuye en las conversaciones ajenas y lee los diarios vespertinos, gracias a su portentoso cuello y airado gesto, por encima de los hombros de los pasajeros.



Hitromauso: en la página siguiente se puede observar las fauces abiertas, en un bostezo de dos años, de otro de los animagramas del conocido como grupo de los cinco enanos. Es pequeño, pero extremadamente gordo y pesado (sería preferible denominarlo pelma), pues es repetitivo y pedante. Se considera a sí mismo un adonis, y adopta, aunque esté solo, unos andares de tonel mareado como movimiento pendulante, como torpe táctica de galán.

Se comenta que el *hitromauso* y la *irofa* han cruzado sus caminos en alguna ocasión. Se miraron con fiera determinación y arquearon la ceja izquierda al mismo tiempo. Aquí concluye la anécdota.

Todavía, y a pesar de que lo ha intentado numerosas veces, no ha dejado de fumar puros en las consultas médicas y de reír a carcajadas cuando el enfermo enseña sus miserias.



Girogato cabezudo: este hermoso ejemplar de la familia de los felinos tiene un gran melón sobre sus hombros. Suelen ser de tono oscuro, pero, a veces, cuando se sienten tristes, su piel adopta tornasolados colores. A pesar del voluminoso porte de su cabeza, es una criatura poco inteligente, tanto que un par de ejemplares han sido galardonados con el Nobel de Matemáticas.

Odian los sombreros, pues ninguno es de su talla y todos le quedan pequeños y ridículos, por lo que sus archienemigos son los sombrereros, a los que atacan con anticuados libros de recetas de cocina.

Hubo una vez, en la ciudad de San Francisco, un *girogato cabezudo* que fue conductor de tranvías. Nadie podía subirse al vehículo a causa del tamaño de su cabeza, y al final tuvieron que ascenderle a teniente de alcalde.

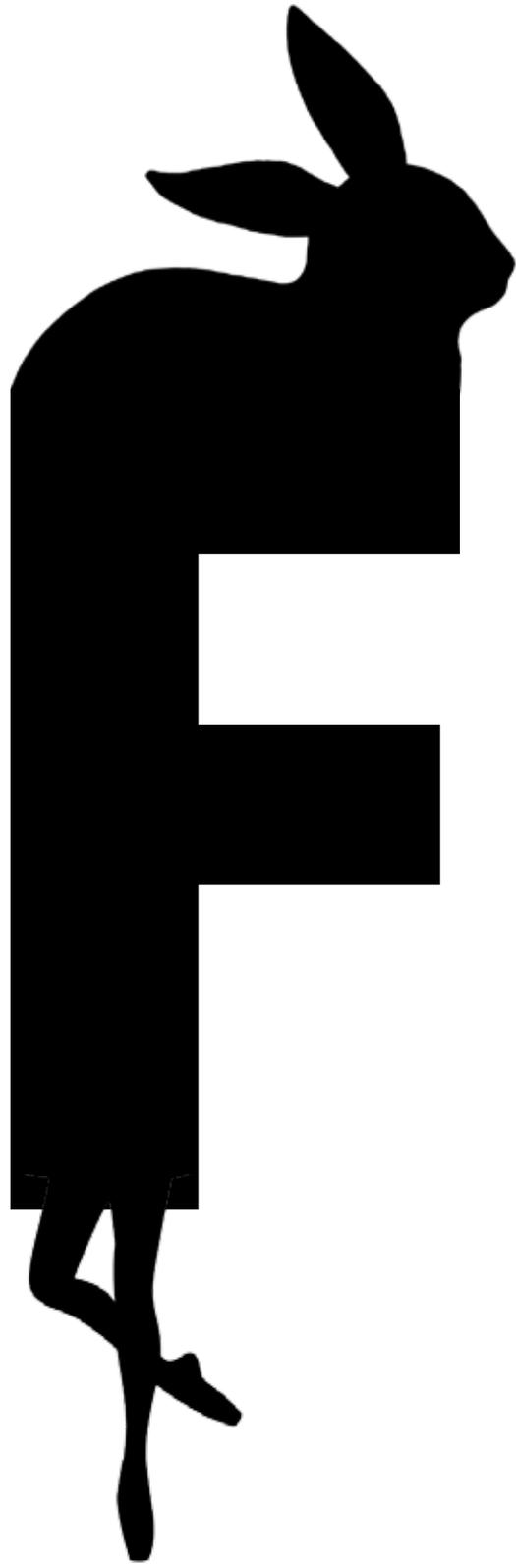
Cree en su propia dicotomía como en un dogma de fe. Se dice que a un ejemplar, como al vizconde demediado, le cayó un rayo en la cabeza que separó las dos facciones del animal: por un lado, un *girogato cabezudo* de pura maldad y extremada belleza, pero terriblemente idiota y, por otro, un *girogato cabezudo* inocente, amable y bondadoso, pero completamente imbécil. El asunto terminó cuando ambos se encontraron en una taberna y pidieron al mismo tiempo una zarzaparrilla. Salieron a la calle a pelear, y otro rayo volvió a impactar sobre ellos, y el *girogato cabezudo* volvió a ser el animal obtuso e idiota de costumbre.



Fenojón: peludo, suave y sangriento mamífero con patas similares a una bailarina, que se alimenta en verano de lolipops, y el resto del año de concejales de pueblos pequeños. Le gusta que le cojan de las orejas y le susurren con suave y lenta parsimonia la orografía de Burundi.

Su aspecto es similar al de la liebre, pero con unas orejas iguales a las de la liebre. Le gusta dar saltitos por los museos de arte contemporáneo, tratando de confundir al visitante fingiendo ser una obra de arte abstracto. Su felicidad es plena cuando alguien, en la exposición, tras quedar absorto con sus delicados brincos, dice a su acompañante que no lo entiende pero le gusta.

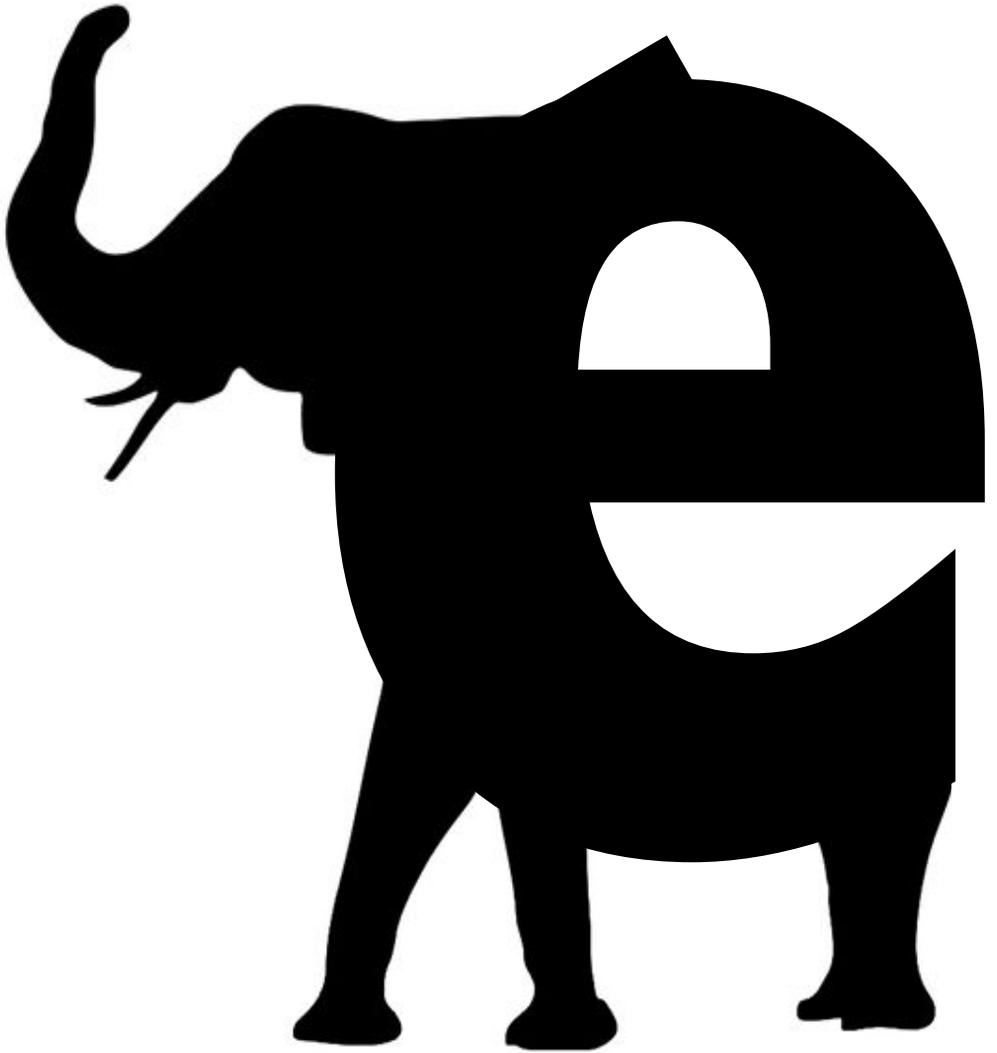
De comportamientos que fluctúan entre lo psicótico y la hipochondria severa, acostumbran tratarse con especialistas del ramo de la alfarería, pues les tranquiliza hacer vasijas de estilo romano clásico, y luego, una vez terminadas, destrozarlas sin piedad contra el suelo. Otra de sus monomanías más relevantes y conocidas es la de perseguir e instigar a presentadores y famosos de televisión al grito de *hostiaco al pajarraco* o, en su defecto, *duro y duro al mentiroso del felpudo*.



Elfón de Sandas: animal orejón de la familia de los paquidermos, de paso leve y corazón apasionado. Es un incansable luchador por la libertad de las coles de Bruselas, protagonizando dramáticos episodios en los que han a ayudado a huir a estos vegetales de sus encierros en huertas. Suelen escapar juntos y formar extrañas familias al norte de Finlandia.

El *elfón de Sandas* recibe su nombre del biólogo Gregory Gaus, que fue el primero en descubrir en una cueva unas composiciones líricas de singular calidad, garabateadas por estos ejemplares. También se hallaron restos de bocadillos de chorizo de Pamplona, patatas fritas con sabor a queso, y cacahuets diseminados por la caverna, lo que hace pensar tanto en una merendola como en la tendencia al desorden del *elfón de Sandas*.

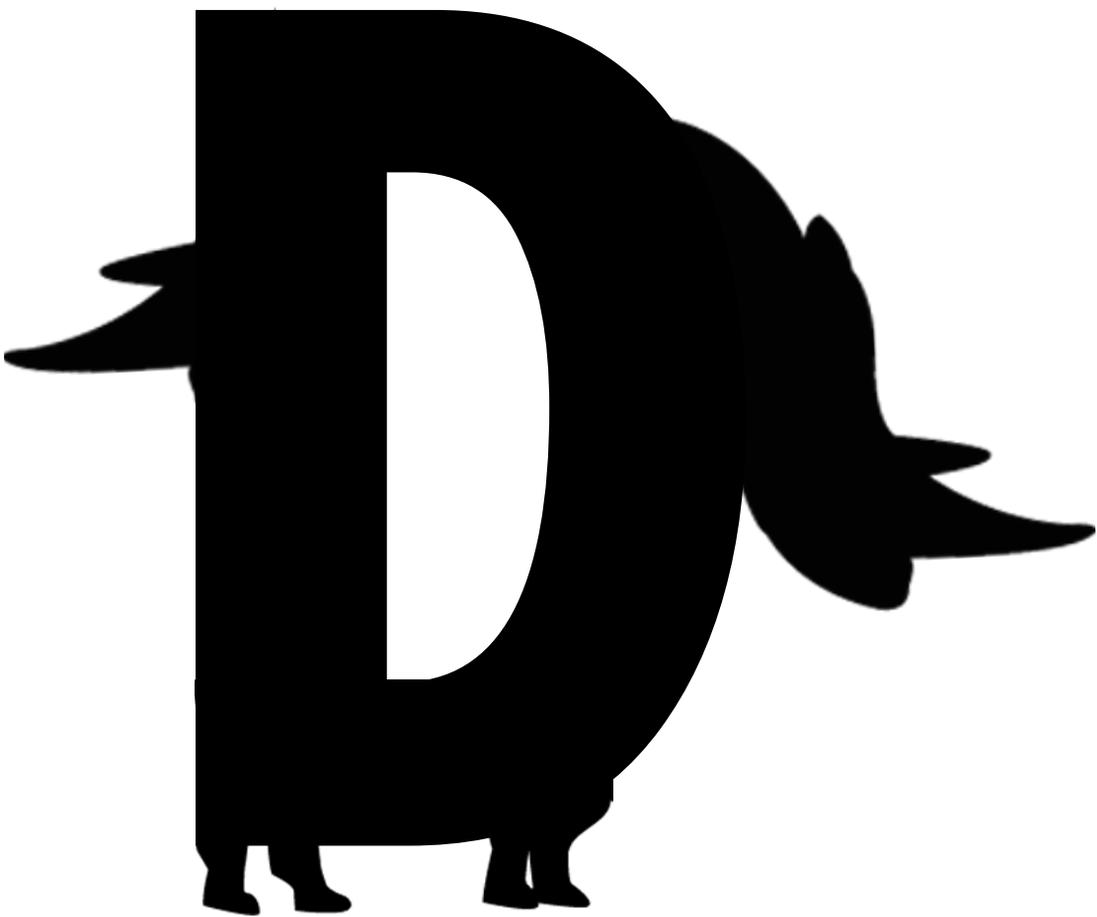
La innata elegancia de este animal puede ser observada en sus danzas rituales, similares a bailes robóticos y asincopados, que suscitan una mezcla de vergüenza ajena y carcajadas. En sus pabellones auditivos se suelen tatuar mapas para que cuando salen de fiesta y se emborrachan desesperadamente consigan, en mitad de la melopea, recordar dónde está su hogar.



Dinacedonte: poderoso mamífero perisodáctilo de pequeña estatura y tendencias a la abstracción metafísica. Tiene dos cuernos en la parte frontal de su oronda cabeza, con los que suele rascar torpemente la entrepierna de los viandantes con los que se topa los miércoles por la tarde, dando lugar a extrañas suposiciones, situaciones incómodas y agradables descubrimientos.

Es muy corto de vista y ha tenido verdaderos problemas con accidentes caseros y contratos con letra pequeña. Visita invariablemente los museos antropológicos de las regiones en las que habita, y se enfada siempre con las cartelas, acusando de reducir el tamaño de las letras para impedir a los de su especie una mejor comprensión.

Le gusta correr al amanecer por supermercados vacíos en los que trabaja de reponedor, fingiendo que le persigue una turba de vascos hambrientos en busca de un chuletón. Herbert Spencer aseguró que su anarquismo individualista surgió de las largas conversaciones mantenidas con un *dinacedonte* neoludita que vivía en lo más profundo de Londres.



Cascarón de proa: sorprendente especie animal de proporciones extrañas e inútiles que puede encontrarse en posiciones ridículas en los interiores de platós televisivos, ya sean programas de entretenimiento o informativos. Al preguntarle el motivo de sus contorsiones, mira con furibunda rabia a su interlocutor y recita la tabla del 2 con exagerada lentitud.

Se le conocen hábitos culinarios muy sibaritas, ya que solo compra ultracongelados. Le gusta también alzar la voz en los teatros y reírse estruendosamente en los sepelios. Algunos zoólogos advierten que tratar de mandarlos callar los enoja sobremanera, llegando a bufar, en esas ocasiones, como una sirena nórdica subida de peso.

Cascaroncito, como es llamado cariñosamente por sus padres, es tenaz y veloz con la misma intensidad. Por esas características, comienza y termina todo al mismo tiempo. Algunos ejemplares son muy audaces. Uno de ellos participó en una antológica pelea con un relojero suizo afincado en un pueblo de Albacete, que le llevó hasta el calabozo desde donde emitió, con tono metafísico de poeta inglés, el siguiente axioma:

Life is meaningless

Que viene a significar: *Me encanta la ensalada de sardinas.*



Bufartón: divertidísima y ocurrente criatura que se puede encontrar en recitales poéticos, tosiendo cuando el recitador alcanza el clímax lírico, con claras intenciones aviesas y enervantes. Tiene ocho patas enfrentadas, por lo que nunca sabes si está del derecho o del revés, disyuntiva que ha originado una fuerte controversia científica, y que ha llevado a cientos de profesores a la completa desesperación y a cortarse las uñas con los dientes.

Es peludo, suave y de color rosa en primavera, y pelado y amarillo con manchas naranjas en el invierno, por lo que es confundido en ocasiones con unicornios, estropajos o ratones. Dependiendo de la confusión, el destino del *bufartón* es envidiable o irrisorio.

Suelen gustarle los amaneceres, a pesar de que, por norma, nunca se levanta hasta el mediodía. Le gustan también las señales de tráfico, sobre todo las de prohibición, y trata incansablemente de mancillarlas con disparatadas actividades sexuales.

Flaux de Genenères, doctor en Matemáticas, fue aplastado por uno de ellos mientras hacía *footing*. El pesado asesino insinuó que lo había realizado por diferencias en la resolución del teorema que había formulado el francés Pierre de Fermat sobre curvas elípticas. Al preguntarle acerca de la hipótesis que él había defendido, miró a los ojos de los investigadores y se encogió de hombros mientras se encendía un habano.



Allión: esquivo e indeciso ser que habita en bosques y centros comerciales durante la festiva y muy ridícula época de rebajas. Es extremadamente lento, sobre todo escogiendo suéters, actividad que puede llegar a abarcar décadas de indecisión. Pueden hallarse ejemplares detenidos en la barra de alguna cafetería en lucha con el dilema entre tomar café con leche o *capuccino*, impidiendo al resto de clientes solicitar su pedido.

Les gustan los toboganes, siendo lugares de culto para ellos, donde llaman sacrílego a aquel que se atreva a subir y bajar sin más, sin dedicar a ese existencial problema, de ascenso y descenso, arduas semanas de dubitación.

El singular método de apareamiento del allión ha sido internacionalmente estudiado. La indecisión de los protagonistas se conjuga con su proverbial timidez, convirtiendo el ritual en un tedioso y extenso catálogo de murmullos ininteligibles, frases inconexas y sonrojos varios.

Tienen las uñas rosas y aman las alcachofas. Estos dos datos carecen completamente de importancia, y por eso, de esta singular e inútil manera, nos gustaría concluir aquí.

